

Le dije que le enseñaría la ciudad.

—¿De veras, Alex, lo harás? ¿Lo harás? —preguntó, entusiasmada y de un brinco saltó a mi lado, estampándome un sonoro beso en la frente. Era muy alta. Demasiado alta para sus diecinueve años, y demasiado atractiva para mí. No estaba acostumbrado a lidiar con mujeres tan jóvenes. «¿Crees que seguiré creciendo?» me había preguntado esa mañana, con un rictus de preocupación en la cara. Por ese rictus, yo era capaz de crearle más preocupaciones que la altura, los estudios, su carrera universitaria y el incierto porvenir de una actriz en ciernes. «Según las últimas investigaciones biológicas sobre el desarrollo del homo sapiens, se puede estimar que muchos adolescentes crecerán hasta los veinticinco años, sus huesos se estirarán por lo menos dos centímetros al año, esto siempre que estén bien alimentados (no ocurrirá lo mismo en el Tercer Mundo, por supuesto). Pero si tenemos en cuenta —agregué— que en tu caso se trata de una encantadora fémina sapiens, me inclino a pensar que de aquí a los próximos seis años, que son los que te faltan para llegar a la horrible edad de veinticinco, no crecerás ni un solo centímetro más, porque aún siendo alta, hay en tus proporciones una admirable armonía —algo ambigua, todo sea dicho— y sería un acto contranatura —a propósito, debes leer *À rebours*, de Huysmanns— arruinar esta magnífica estructura con un par de centímetros que no te hacen falta».

La respuesta me había valido dos besos en la boca, más un rápido aleteo de lengua, mientras me decía, con radiante expresión de felicidad:

—Te adoro. Adoro tus discursos. Adoro cómo me hablas. Adoro que me enseñes cosas.

Cada vez que le proponía algo (y en las últimas veinticuatro horas —que eran, por lo demás, todas las que llevábamos juntos— le había propuesto diversas cosas: un viaje —«Podríamos ir a París. ¿Te gusta París?», dijo, con admirable ingenuidad. «Adoro París», mentí como un enano), dos libros («¿Es cierto que los escritores cuando se enamoran escriben diferente?» me había preguntado, hojeando uno de mis libros. «¿A quién amabas cuando escribiste éste?». «No la conoces», mentí. «Me gustaría saber si escribirías también sobre mí», agregó. «Mi amor —le dije—, uno no escribe sobre lo que está, sino sobre lo que no está». «¿Tendría que irme para que escribieras acerca de mí?». El diálogo me parecía detestable, pero estaba dispuesto a continuarlo otras veinticuatro horas más, o veinticuatro meses, o veinticuatro siglos. Desde que la había visto, no hacíamos más que conversar y cuando nos metíamos en la cama, no podíamos concentrarnos en las caricias o en los besos porque los dos queríamos hablar, seguir hablando y nos entusiasmábamos hasta tal punto que semidesnudos nos poníamos de pie, íbamos a la cocina, abríamos la heladera, sacábamos una coca cola o un zumo de

naranja, me encendía los cigarrillos en su propia, arrebatadora boca, yo me estaba orinando pero no conseguía llegar al baño: a medio camino me acordaba de algo que todavía no le había dicho, reanudaba la marcha, ahora era ella la que venía corriendo y me besaba en la nuca, entonces yo me volvía y la abrazaba, «¿Cómo me dijiste que se llama esa novela de Huysmanns que tengo que leer?». «Á rebours», decía yo, a punto de entrar en el baño. «Tengo que leer muchísimas cosas. El tiempo no me alcanza. Sólo leí medio libro tuyo. Y además, en verano hago de azafata en Swissair». Sorpresivamente se me ocurrió que podía empezar a viajar en Swissair los veranos, fuera adonde fuera, pero yo detestaba los aviones).

Además de un viaje, dos libros, una excursión a la costa, una película que ella no había visto, una cena en un restaurante honolulú, la pesca submarina (enseguida me arrepentí: yo no sabía nadar), la lectura de la mitología celta, una visita al Museo de Paleontología, ayudarle a hacer los deberes de la Universidad, escuchar a Kiri Te Kanawa interpretando los últimos heder de Strauss («No sabía que a los japoneses les gustaba la ópera». «No, mi amor, es australiana. Y canta como los dioses». «Creí que en Australia sólo se dedicaban a criar canguros». «Siempre se aprende algo nuevo», comenté miserablemente) en las últimas veinticuatro horas, que eran, por lo demás, todas las que llevábamos juntos, le había propuesto: un viaje a Trieste («¿Por qué Trieste?». «Me gusta la palabra»), enseñarle francés, contarle la Segunda Guerra Mundial, jugar al ajedrez, coleccionar cerámica precolombina y armar un puzzle de cinco mil piezas. Mi última propuesta consistió en hacer el amor escuchando el Aria de Amor y Muerte de Tristán e Isolda. «¿Lo has hecho alguna vez de esa manera?» le pregunté. «Me parece que no —me contestó, encantadoramente dubitativa—. Si escucho música, no puedo concentrarme». «¿Concentrarte en qué?», pregunté, confuso. «En hacer el amor, tonto», me dijo. «¿Te concentras con facilidad?» Dudé un instante. Debía estar desfasado, como un mapa antiguo. «Creo que nunca me lo he planteado en esos términos», le dije. «¿Quieres decir que vas muy rápido?», siguió. «A mí me gusta más bien lento». «En fin, verás —farfullé—. En realidad, no me lo planteo en términos automovilísticos. La primera marcha, la segunda, todo eso». Sentí que me hundía en un pozo irremediable. «Quiero decir: según el caso» —respiré, aliviado. «De todos modos —dijo ella— no creo que me gustara hacer el amor escuchando ópera». «A mí no me resulta imprescindible» —dije, estúpidamente. «Lo que no soporto es el rock», agregué, a la defensiva. «Es estupendo para bailar. ¿Tú no eres de la época de Elvis Presley?». «Corazón —le dije— soy de una época remotísima, antediluviana, digamos, la época del psicoanálisis, el existencialismo, la radicalidad y de haga el amor, no la guerra. Después, vino el diluvio», especifiqué. Me hundí, semidesnudo, en el sofá. Pensé que en cualquier momento iba a tener vergüenza de mi torso, de mis ojos azules, de contraer enfermedades, de ser sensible al polen, la bomba atómica, la contaminación, las pesadillas, los microbios y de ser muy sensible a algunas mujeres. Sin embargo, ella se rió. Era así: se reía espléndidamente en cualquier momento. «Te adoro —me dijo—. Eres un tipo estupendo. Me encantas». «Tú a mí también», le dije, con una voz demasiado profunda. No estaba seguro de que estimara en algo la profundidad. Además, le había propuesto un gato, los sellos de la Reina Victoria con

filigrana de doble corona, un caleidoscopio helicoidal y dejarla ganar al Trivial Pursuite. Estaba dispuesto a cualquier cosa, en los próximos dos siglos. «No me gusta que me quiten la ropa», dijo, enseguida, aunque hacía rato que estaba casi desnuda. «A mí tampoco», comenté, recordando que nos habíamos desnudado al borde de la cama, uno junto al otro, como dos atletas antes de la ducha. «¿Dónde está tu mujer?» me preguntó, mientras yo luchaba indecorosamente con los calcetines. «Fue a visitar a su hijo a cien kilómetros de aquí», contesté yo. «Es mi profesora de griego», me informó amablemente, mientras se desprendía el sujetador. Yo hubiera preferido que se quitara el sujetador más lentamente, que no fuera su alumna en la Universidad, no llevar calcetines, tocarle los senos con la yema húmeda de los dedos, que el teléfono no sonara. «Mejor atiendes» —dijo—. «Puede ser tu mujer». No era mi mujer.

—Alex —dijo una voz turbia, al otro lado del tubo.

—Sí —contesté yo, y le hice una señal para que se quedara tranquila. Sonrió y empezó a lamerme una rodilla.

—Me he enamorado de ella, Alex —afirmó la voz opaca de un hombre que no podía dormir—. Es ridículo, ya lo sé, no me lo digas.

—No te he dicho nada —observé, lacónicamente.

—Ya lo sé. A mi edad, es completamente estúpido. Estas cosas no debieran pasar a partir de los cuarenta años. Y tengo cuarenta y seis. No estoy preparado para esto. Me siento ridículo, fuera de lugar. Me pongo autocompasivo. No quiero que nadie lo sepa.

—Me lo estás diciendo a mí —apunté, resignadamente. Ahora me estaba lamiendo el pecho, y me buscaba las cosquillas. Detesto las cosquillas tanto como la palabra cosquillas. Hubiera preferido que me acariciara las piernas con su vulva. En cambio, vulva es sombría como el umbral. Me pregunté si sabría que tenía vulva, o cómo la llamaría. Soy hipersensible a los nombres.

—Pero a ti no me avergüenza decírtelo. Estoy enamorado, Alex. Tengo unas terribles fantasías...

—Sexuales —completé, casi sin darme cuenta.

—A mi edad. Pensaba que a los cuarenta y seis años uno estaba libre de esas cosas. ¿Crees que hay pastillas para esto?

—Tranquilízate —dije, en vano. Había descubierto mi lunar en la última costilla, a mano izquierda, y parecía muy entretenida en averiguar su índole.

—No puedo estar tranquilo, Alex. No como. No duermo. Doy unas clases aborrecibles.

No me renovarán el contrato. ¿Cómo voy a estar hablando de romanticismo alemán si sólo pienso en su culo? Ayer dije diez veces la palabra sexo en clase. Y eso, a propósito de aquel verso de Goethe «como una vieja melodía, algo olvidada».

—¿Cómo sabes que dijiste eso? —pregunté, mientras ella me exploraba el pubis. Me sentí como un babuino en el laboratorio.

—Me lo dijo ella. Ella misma. Me esperó a la salida de la clase. Estaba divertida, arrebatadora. Me dijo: «¿Qué te pasa?». Le pregunté: «¿Por qué?». «Has dicho la palabra sexo diez veces en la clase de hoy». Y se había dado cuenta.

—¿Por qué te tutea?

—No lo sé, Alex. Tú no sabes lo que es esto de dar clases de romanticismo alemán mientras tienes fuego en la entrepierna. Todo el mundo se tutea. Pregúntale a Marga. ¿Dónde está Marga?

—Se fue a ver a su hijo —respondí.

—No quiero que nadie se entere. Estoy destrozado, Alex. Coquetea conmigo todo el tiempo. Cuando estamos juntos...

—¿Por qué no te vas de viaje? —lo interrumpí bruscamente.

—No seas estúpido, Alex. No puedo dejar el curso por la mitad. Tengo que dar de comer a mis hijos. Creo que quiero casarme con ella. Irme de viaje con ella casarme, divorciarme, enseñarle Roma, Babilonia, Pérgamo... Me ha pedido que le enseñe alemán. Y a sacar fotografías. Quiere tener su propio taller de revelado. Le voy a enseñar todo lo que quiera. Para eso tengo veinticinco años más que ella. ¿Te das cuenta? Un cuarto de siglo. Tiene la edad de mi hija mayor.

Me gustaba que me acariciara, pero no conseguía detenerla, y me estaba babeando junto al tubo del teléfono.

—Preferiría que me lo contaras todo mañana, en un café. Ahora, tranquilízate. No tienes nada que decidir. Cálmate y lee algo. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta por ahí?

—No quiero encontrarla.

—No la encontrarás.

—Siempre me la encuentro. No sé si ella me encuentra a mí, o yo a ella. Y cuando me la encuentro, siempre está con otro o con otra. Es así. Le gusta todo el mundo. Cree

que el mundo está lleno de gente encantadora. Su profesor de alemán, su entrenador de gimnasia, el periodista de arriba, la locutora de la tercera cadena, los extras y los recogebalones.

—Tranquilízate —repetí. Conseguí sujetarla por la nuca y la subí a mis rodillas. Se rió tan fuerte que tuve que tapar el tubo con mi mano. No me gusta mucho la gente que se ríe en estas ocasiones. No me parece divertido el deseo de empalar a alguien. Lo haga uno o no lo haga.

—Esta historia no te conviene —le dije, con voz glacial.

—Necesito ayuda, Alex.

—Mañana hablaremos —intenté cortar. No era muy cómoda la posición en que estábamos, y su sexo, mojado, se escurría entre mis muslos.

—No sé qué quiere decir mañana —me respondió la voz.

—Te estás poniendo histérico —le dije.

—Me excita como nadie en el mundo —murmuró, medio borracho.

—Siempre ocurre lo mismo —intenté disuadirlo.

—No me acuerdo de otras veces. Todo es presente.

—De acuerdo. Entonces olvídalo.

—No puedo.

—No te quiere, lo sabes. A esa edad no se quiere a nadie. No se puede querer. No sería espontáneo. A esa edad, ni siquiera se desea. Y tú te hundirás mientras ella descubre la aparente variedad del mundo. Un día estará asombrada con la poesía, otro con la navegación espacial, se dejará seducir por un director de cine, un guionista, un piloto noruego, un filatelista belga y un rockero berlinés. Quizá, por alguna pintora corsa, también. Te guardará una cierta gratitud, es cierto, porque en el fondo, los jóvenes tienen buen corazón. Pero tú no quieres gratitud. Te vaciarás para llenarla, como si fuera un molde.

Eso era lo que yo quería hacer: vaciarme en ella. Pero algo la molestó, y de pronto, se desprendió de mí. Creo que fue un ruido. Era el ascensor del edificio, y ya se había alejado.

—Con ese ruido, no puedo concentrarme —comentó, molesta, mirando hacia la puerta.

—¿Con quién hablas? —me preguntó, alterada, la voz al otro lado del tubo. ¿No me dijiste que Marga no está? Oye, no me gustaría que alguien se enterara de esto... Me dijiste que no había nadie.

—Marga no está, tranquilízate. Fue la portera.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

Ahora había encendido un cigarrillo y se paseaba, desnuda y mohína por la habitación. Fuma poco. Se cuida la salud.

—Creo que tienes razón, Alex —reflexionó mi interlocutor. Estoy loco. Tengo que controlarme. Es que despierta mis fantasías más...

—antiguas —completé.

—Sí. Creo que en realidad quiero ser su padre.

—Su hermano.

—Sí. Padre y hermano incestuosos.

—Pero ella no quiere.

—No, no quiere. ¿Sabes? Tiene muy poco morbo.

—Piensa en otra cosa.

—Estoy obsesionado.

—Haz footing o algo así.

—Tengo un soplo al corazón.

—Entonces, tómame dos valium.

Empezó a vestirse. Es así: le gusta vestirse y desvestirse sola, Autónomamente. Trieste. ¿Por qué no Trieste?

—Duérmete y descansa. Mañana...

Gracias, Alex. Y por favor, no le digas nada a Marga...

—No está. Tranquilízate.

—No me gustaría que Marga... Somos colegas...

Colgué suavemente. Sólo se había puesto la blusa y me gustaba mirarla así, alta, con los senos duros al aire, el cabello corto, la espalda con la espina dorsal algo sobresaliente.

—¿Qué miras? —me preguntó, volviéndose.

—Tu espalda —dije. Hay una escultura de Pradier... En El Louvre. Es Niobe, herida por una flecha. Me acerqué a ella. Cerré mi mano suavemente sobre su nuca. Así... le dije, y procuré muy lentamente que su cuerpo se torneara como la figura de Pradier. Se rió.

—¿Iremos a verla? —me dijo, festiva.

—Sí —respondí, con voz demasiado profunda.

—Si me tocas, que sea suavemente —me dijo.

—No pensaba hacerlo de otra manera —mentí.

—Te adoro —declaró, y se abalanzó sobre mí. Caí sobre la cama. Hundió su lengua dentro de mi boca. Se separó enseguida. ¿Con quién hablabas?— me preguntó.

—Con tu profesor de letras.

Soltó una carcajada.

—Me lo imaginé —dijo—. Es un tipo fenomenal. Sabe muchísimo de romanticismo alemán. Y de pintura. Además, le gusta el jazz. Lo adoro. Lo paso muy bien con él.

—Creo que lo has seducido —comenté, ambiguamente.

—¿Sí? ¿Tú crees? —me preguntó, con aparente o real inocencia. Nunca se sabe. Yo no sabía. Él no sabía. ¿Ella, sabía?

Aproveché su instante de vacilación para cambiar de posición en la cama. Soy un escritor tradicional: escribo con máquina manual y prefiero hacer el amor, la primera vez, como es debido. Yo arriba, y ella abajo. Por lo menos, la primera vez. Hasta estar seguro. No creo que ella tuviera esa clase de principios.

—Me parece que tú seduces a todo el mundo —comenté, mientras le acariciaba los brazos, procurando que los mantuviera altos.

—¿Lo dices por Marga? —me preguntó, mientras me besaba el lóbulo de la oreja. ¿Qué pasaba en la última media hora, que todo el mundo me preguntaba por mi mujer? Mi mujer estaba de viaje. Había ido a ver a su hijo.

—¿Qué tiene que ver Marga? —le dije, pasando un dedo húmedo por la línea esbelta de su cuello.

—Es mi profesora de griego.

—Ya lo sé —dije, con resignación.

—Es una mujer formidable —agregó.

—Cierto.

—Tú también.

—Cierto.

—Y muy atractiva.

—Cierto.

—Me acosté con ella algunas veces —dijo, y se puso de lado. En realidad, la adoro.